

bunales eclesiásticos, á fin de obtener el resultado que apetecía Napoleon, sin recurrir al papa.

En 1.º de Abril se celebró la ceremonia del matrimonio civil del emperador con la archiduquesa Maria Luisa; al dia siguiente tuvo lugar el acto religioso correspondiente. De los cardenales que residian en Paris (á cuyo punto habian sido llamados generalmente los individuos del sacro colegio), los veinte y seis á quienes permitia salir su salud, concurrieron al casamiento civil; pero á la ceremonia religiosa solo asistió la mitad de ellos, porque en su juicio el papa debia de reprobar este matrimonio contraido, viva la primera consorte sin que interviniera Su Santidad en el divorcio. Irritado Napoleon por esta conducta, decretó desde luego que los trece cardenales que no habian concurrido á presenciar su matrimonio, no fuesen admitidos en la corte; que depusiesen la púrpura, vistiéndose de negro, por lo cual se llamó á estos cardenales *negros*, á diferencia de los demas, que se titularon *encarnados*; y por fin los mandó desterrados á varios puntos. Los cardenales negros eran: Mattéi, Pignatelli, La Somaglia, Scoti, Saluzzo, Galeffi, Brancadoro, Consalvi, Luis Ruffo, Litta, di Pietro, Opizzoni y Gabrielli.

Napoleon esperaba que esta division establecida entre los miembros del sacro colegio contribuiria en gran manera á la realizacion de los planes que meditaba respecto de la Sede Apostólica y de que pronto nos haremos cargo.

Entretanto los invasores de Roma exijian á los Obispos del Estado pontifical el juramento de fidelidad al gobierno intruso. Prestole el de Tivoli; pero once de sus cólegas se negaron resueltamente á seguir igual conducta; y no llegó el caso de exigírsele á los curas de la ciudad santa, porque se halló en todos ellos una firme resolucion de no obedecer semejante mandato.

El papa continuaba en Savona siendo objeto de continuas visitas por los fieles que de diversos puntos iban á ofrecer á sus pies el homenaje de su respeto y lealtad, y manifestarle sus necesidades espirituales implorando el remedio. Quinientas dispensas decia Su Santidad haber despachado en los nueve ó diez primeros meses de su residencia en aquel punto, sin contar para su expedicion con ningun auxilio extraño, ni aun material; puesto que no

se le habia permitido tener á su lado ninguna persona inteligente á quien recurrir para que le ayudase en la resolucion de los negocios, habiéndose visto precisado por esta causa á habilitar de secretario á un familiar cuyas cualidades al efecto estaban reducidas á hacer una letra *legible*. El aislamiento en que se le tenia, no siendo libre el acceso á su autoridad de parte de los obispos, y aun hasta cierto punto del pueblo católico, ni su posicion desembarazada para decidir las cuestiones sometidas á su superioridad; la detencion del cardenal Pacca en Finestrela; el llamamiento á Paris de sus cardenales y ministros, y la deportacion de muchos obispos que habian seguido á la letra sus instrucciones; todo ello acibaraba la situacion del Santo anciano harto mas que las penalidades consiguientes á la posicion personal de un prisionero. Por lo demás, el Pontífice no se arrepentia de la conducta que habia seguido en los últimos sucesos de Roma; ni creia deber escribir con el objeto de que cesase tan angustioso estado, á Napoleon, que habia dejado de contestarle anteriormente y á quien le constaba que no eran desconocidas sus privaciones. Un agente austriaco, enviado á Savona por el conde (luego príncipe) Metternich, con permiso del dueño de la Europa, trataba á la sazón con Su Santidad de ciertos arreglos eclesiásticos con la corte de Viena; y desde luego remitió al conde un breve de Pio VII, muy lisongero, y concebido en el estilo digno y verdaderamente grande que conviene al vicario de Jesucristo, en contestacion á una carta que aquel le habia dirigido.

En cuanto á los proyectos de que poco ha ofrecimos ocuparnos, Napoleon abríase camino para realizarlos por medio de reuniones de eclesiásticos que consideraba dispuestos á favorecer sus miras. Una junta eclesiástica (*comité*) creada por decreto de 16 de Noviembre de 1809, en el cual figuraban los cardenales Fesch y Maury (este arzobispo de Paris), el arzobispo de Tours, y los obispos de Nantes, Tréveris, Evreux y Verceli, respondió á una consulta que se le habia dirigido en términos de escandalosa adulacion al emperador, vilipendiando al papa, á quien se atrevia á tachar de apegado á los intereses mundanos y de hacer traicion por esta causa á sus deberes espirituales.... censurando con igual falsedad y atroz injusticia las máximas de la Iglesia romana y la conducta

de los Pontífices en general; y escitando Napoleon á llevar sus proyectos. Podrá formarse idea del contenido de este escrito oyendo decir al cardenal Pacca que los buenos franceses deseaban que tales documentos desapareciesen de los archivos de aquella ilustre Iglesia.

En 25 de Marzo de 1810 diez y nueve obispos dirigieron á Su Santidad una carta en que, objeto en la apariencia de pedirle prórroga de las facultades para dispensar en impedimentos de matrimonio, solicitaban la confirmacion de los nombrados para sillas vacantes, en términos amenazadores, diciendo que la Iglesia, abandonada por el papa, se veia «en la necesidad de proveer por sí misma á su propia conservacion....» conformes en este punto con la junta eclesiástica. Esto era atacar de un modo directo y violento el único derecho ejercido á la sazón por la Santa Sede. Pio VII, en bulas de 5 de Noviembre y 2 de Diciembre, dirigidas respectivamente á Maury y al obispo electo de Nancy (Mr. Carboli), declaraba en términos enérgicos que seria nula toda institucion que no procediese de su autoridad.

Napoleon se enfureció al saber el resultado de la insolente misiva dirigida al papa. Dictó medidas de rigor contra los prelados fieles á este, desterrando á Vincennes á los cardenales di Pietro, Gabrielli, y Opizzoni, al decidido prelado de Gregorio, y á Fontana general de los barnabitas. El prelado Doria y otros familiares del Pontífice fueron confinados á varios puntos. No paró en esto. Por órden recibida de Paris, fueron sellados todos los papeles del papa: un dia, mientras paseaba por el jardin de su prision, se hizo un registro general de todos sus despachos, arrebatándole hasta los breviarios y el oficio de Nuestra Señora. Dióse órden de no abonar á cada *italiano*, sin esceptuar al papa, mas que una suma mezquina al dia, lo que se daria á prisioneros vulgares; cuya disposicion hubo que anular al poco tiempo, viendo que los fieles de Savona la hacian mas y mas ridícula enviando abundantes provisiones de todas clases para el Pontífice y su familia.

El prefecto del departamento, con fecha de 14 de Julio de 1811 dirigió al papa una carta que no se duda fuese dictada por Napoleon. Decia en ella el prefecto tener órden de éste para intimar á Pio VII «que se le prohibia comunicar con ninguna iglesia del im-

perio, con ningun súbdito del emperador» *só pena de desobediencia de su parte y la de estos*, y que dejaba de ser el órgano de la Iglesia católica, porque *predicaba la rebelion y su alma era toda hiel*, que pues nada alcanzaba á *hacerle sabio*, veria que S. M. tenia bastante poder para ejecutar lo que habian ejecutado sus predecesores y *deponer á un papa.* Esta comunicacion soldadesca é insolente hasta el extremo, dice mas por sí que cualquier comentario que de ella se haga. Es un vivo reflejo del despecho que á Napoleon causaban los prodigios de valor con que el pueblo del Dos de Mayo señalaba la lucha por su independenciam; prodigios que grandemente deslustraban las anteriores glorias del ejército francés.

No mencionaremos diferentes providencias dictadas con el objeto de dar influencia á los eclesiásticos adictos al pensamiento de Napoleon respecto de la Santa Sede: tal fué entre otras, la intrusion de los obispos designados por él mismo para las iglesias vacantes (la autoridad profana habia suprimido por un decreto diez y siete obispados) en el gobierno de las respectivas diócesis, obligando á los cabildos á elegirlos por vicarios capitulares; á pesar de que la existencia de estos no se conformaba con el art. 36 de los *orgánicos*.

En una sesion de la junta eclesiástica, presidida por Napoleon, habiase tratado largamente acerca del modo de llevar adelante el proyecto de reducir á la nada el poder pontificio. Hízose notable por su enérgica y razonada oposicion al emperador *monsieur Emery*, superior del seminario de San Sulpicio. Napoleon aparentaba ceder algun tanto vencido por las razones de este docto sacerdote, que murió poco despues; y de quien ha dicho, al visitar su tumba, el ilustre cardenal Lambruschini, luego ministro de Estado de otro venerable Pontífice, que habia sido «muy amante de la Iglesia.»

Pero Napoleon volvió muy luego á instar con nuevo y mayor ahinco por la realizacion de sus proyectos. Convocó á concilio nacional á los obispos del imperio y del reino de Italia, bajo la presidencia de Fesch. Esta asamblea comisionó algunos prelados para que pasasen á la residencia de S. S. Hízoles este varias concesiones particulares, obligado por importunas solicitudes y movido por informes inexactos. El papa quiso tratar con ellos nuevamente,

para revocarlas, mejor instruido de los negocios; pero era tarde: habian desaparecido.

Con tal precedente el concilio dispuso enviar á Savona á algunos cardenales adictos á Napoleon con el encargo de hacer á S. S. suscribir á las ideas que en aquel habian prevalecido sobre la institucion de los obispos. Habiase resuelto que las sillas episcopales y arzobispales solo estuviesen vacantes un año: á los seis meses de haberse pedido al papa la confirmacion, si no la espedia Su Santidad, habia de proceder á instituir al obispo nombrado el metropolitano respectivo, y en su falta, el obispo mas antiguo de la provincia eclesiástica. Los cardenales designados, de acuerdo con Napoleon, eran José Doria, Antonio Dugnani, Antonio Roverella, Fabricio Ruffo y Bayane. Agregóseles Bertazzoli, arzobispo de Edesa, recién llegado de Italia, y con él varios obispos franceses.

Roverella, hombre de luces, que habia contribuido á la eleccion de Pio VII, y que por todas sus circunstancias debia inspirar á Su Santidad la mayor confianza, cedió en esta ocasion á las exigencias de la corte de Paris, y promovió con el mayor ahinco y por todos medios el buen éxito de lo que se pretendia.

El papa, á quien en vano se habian hecho indicaciones de que los ingleses insistian en el proyecto de restituirle su libertad, y contra quien la policia francesa, segun noticias, habiera procedido en el caso de una fuga que tal vez deseaba, sin miramientos de ninguna especie, atacando hasta á su existencia, hallábase en el mayor abatimiento y enfermo mucho tiempo hacia. Apuráronse todos los resortes posibles para amedrentar al Pontífice y obligarle á confirmar el acuerdo del concilio, sobre todo por los franceses, además de los medios de seduccion puestos en planta por el defecionario Roverella; y el resultado correspondió á las esperanzas de tan mal aconsejadas agentes. Pero el breve espedido por Pio VII contenia una cláusula que declaraba ser la Iglesia romana madre y maestra de todas las demás, y otra en que se obligaba á los arzobispos, y á los obispos en su caso, á que, al confirmar á los demás prelados, despues de los seis meses transcurridos desde su nombramiento, manifestasen de un modo terminante que procedian en nombre del papa. En esto se dijo haberse fundado la no aceptacion del Breve por el emperador; la cual sin duda tenia mas

bien por causa el que, aceptándole, hubiera tenido que dar libertad á Pio VII, en lo cual no pensaba por entonces.

Dejóse al Pontífice tranquilo hasta que el 9 de Junio de 1812, tercer aniversario de la intimacion que precedió al despojo de sus Estados, se le dió orden de prepararse para pasar á Francia, en cuyo tránsito mudaria de traje para no ser conocido. Hizosele tomar el camino en la madrugada del inmediato. Ya la primera jornada fué muy penosa para Su Santidad, cuyo estado era deplorable. En las inmediaciones de Turin se dió al Pontífice por compañero al prelado Bertazzoli. En la posada del mismo punto, Stupinigi, el Santo Padre se sintió tan gravemente indispuerto, que los oficiales de la escolta no se atrevieron á hacerle continuar la marcha, y preguntaron al gobierno de Turin si se detendrian ó pasarian adelante. Se les contestó que ejecutasen lo que les estaba mandado. Asi que á pesar de que el papa habia recibido la *Estrama-uncion* en la mañana del 14, se le forzó á proseguir su viaje en la noche siguiente.... Para encontrar rasgos de inhumanidad y barbarie que se parezcan á los que observamos en el *gran* Napoleon y sus agentes hácia el virtuoso Pio VII, es preciso recorrer la historia de los Nerones, Domicianos y Dioclecianos, ó mas bien trasladarse á las regiones que habitan las hordas mas salvages y feroces.. Casi milagrosa aparece la conservacion de la preciosísima vida del papa en medio de tan crueles ataques, caminando dia y noche, sin salir del carruage en que se le conducia (cerrado bajo llave), ni aun para tomar alimento.

Asi llegó Pio VII á Fontainebleau en la mañana del 20; habiendo sido hospedado provisionalmente en una casa particular, por no haberle querido recibir en palacio el conserge encargado de él, á causa de que no se le habia comunicado la orden oportuna. El papa seguia muy enfermo; tuvo que guardar cama por muchas semanas; y mas de una vez pareció estar muy próxima su muerte.

Las intenciones del *magnánimo* Napoleon estaban conocidas. Tratábase de apurar el sufrimiento del papa, para obligarle á concesiones, concesiones como las de los reos atormentados, sin embargo suficientes, á los ojos de los hombres que se persuadian que el papa y sus buenos consejeros no se atreverian á una retractacion. Para realizar este atentado atroz, además de la de varios agentes

vendidos, solicitóse la cooperacion de los cardenales *encarnados*, á quienes se hizo pasar á Fontainebleau. Desde luego se mostraron sumamente solícitos por complacer á Napoleon, pintando á S. S. con colores vivísimos el aislamiento de la Iglesia universal incomunicada con su jefe, la lastimosa situacion de la particular de Roma privada de la casi totalidad de su clero, igualmente que la no menos triste de las de otras naciones. Así comprometían al Pontífice á entrar en nuevas relaciones con el tirano de Europa en un trance en que no le seria posible resistir á su voluntad de hierro. Las primeras contestaciones de Pio VII fueron negativas y enérgicas: dignas de sus últimos momentos en Roma.

Napoleon habia sufrido el gran desastre de Rusia, que, unido á las derrotas considerables que experimentaban sus ejércitos en España, vengando los hijos del Cid los insultos hechos á su Religion, y á su Rey y á su Patria, determinó el hundimiento del tirano: el desastre de Rusia, decimos, donde parece que el Cielo se propusiera castigar la arrogancia con que algun tiempo antes este conquistador, á la sazón tan favorecido por la fortuna, se habia jactado de que atacaria la autoridad del papa *sin el recelo de que sus excomuniones hiciesen caer las armas de las manos de sus soldados*: puesto que en la campaña de Rusia así se verificó puntualmente, como en sus Memorias lo observa el ilustre cardenal Pacca refiriéndose á escritores nada sospechosos, y aun parciales de Bonaparte. En esta expedicion al Norte, Napoleon habia sabido que en Alemania se afeaban en términos imponentes su conducta respecto al Santo Padre y los *tormentos* que le hacia sufrir; y que la Polonia reprendia igualmente esta su conducta, en cuya razon habia recibido quejas del mismo santo anciano que era su víctima. Por estas causas, y para reparar en lo posible el funesto golpe que habia sufrido en aquellas regiones heladas y que parecia anunciar el eclipse de su *estrella*, adquiriéndose algun ascendiente sobre los católicos mediante un arreglo de negocios con el Pontífice, hizo renovar en principios de 1813 sus negociaciones con Pio VII.

Duvoisin, obispo de Nantes, fue el encargado de proponer las bases del convenio á que se tendia; las *libertades galicanas* autorizadas de un modo solemne; la limitacion del derecho del papa en el nombramiento de cardenales, reduciéndole á designar un tercio

de los vocales del sacro colegio; la proscripcion de los cardenales *negros*; el alejamiento de los Emmos. di Pietro y Pacca, por su intervencion en la bula *Quum memoranda*: he aqui los artículos que entre otros figuraban en el proyecto del prelado francés.

Bajo tales auspicios se dió principio á las conferencias para el futuro concordato, en que tomaron parte los obispos de Tréveris y de Evreux, los cardenales José Doria, Dugnani, Fabricio Ruffo y Bayane, y ademas Bertazzoli. Cuando los directores de este negocio conocieron que el papa se hallaba completamente abatido por efecto de la calentura lenta que le devoraba, y sin ánimo para resistir á las exigencias con que se le salia al encuentro á cada paso, llamaron á Napoleon para que diese el último golpe, y tuviese la *gloria* de alcanzar personalmente el triunfo que se meditaba sobre la Sede Apostólica. Con efecto, en 19 de Febrero llegó Napoleon al palacio de Fontainebleau, donde con Su Santidad residian los referidos prelados. Al dia siguiente tuvo con el papa varias sesiones, en una de las cuales se dijo que habia maltratado á Pio VII de palabra y de hecho hasta el punto de tirarle de los cabellos; mas Su Santidad negó siempre esta circunstancia, si bien es indudable que en aquellas entrevistas el usurpador acreditó demasiado la *mala crianza* que en otra ocasion censuraba en él Mr. de Talleyrand, y á la par la perversidad en que su corazon abundaba.

Los prelados insistian en sus sugerencias por todos los medios posibles; Napoleon no abandonaba el campo; no hubo una sola voz que animase al santo anciano exánime y casi privado del ejercicio de sus potencias; y en tal situacion, persuadido de que únicamente firmaba los preliminares de una convencion que mas adelante debia concluirse, y que por entonces no habian de darse al público ni menos ser ejecutados, firmó, en 25 de Enero del referido año de 1813 (y simultáneamente con él lo verificó Napoleon) un tratado que poco despues habia de anularse, como suscrito por su parte sin la libertad necesaria, y suscrito ademas sin el suficiente conocimiento de causa. Decimos «sin el suficiente conocimiento de causa» no solo atendido el estado de postracion en que tenia al Pontífice su enfermedad; sino tambien, como lo advierte un escritor, «por los embrollos de todo linaje que Napoleon tramó para sembrar la confusion, el desorden y la oscuridad en las mas

importantes materias eclesiásticas, á fin de que ningun fiel supiese á que atenerse, ni aun el mismo papa tratándose de hechos, por lo desfigurados que se los presentaban los emisarios de aquel, casi únicas personas con las cuales se le permitia comunicar.»

Esto observado, no nos ocuparemos en dar una noticia minuciosa de semejante convencion. Por ella aparecia que Pio VII, ademas de abdicar casi completamente la facultad de instituir á los obispos y otras análogas, renunciaba la soberanía temporal de Roma, sujetándose virtualmente á residir donde le mandase hacerlo el emperador, y abandonaba en manos de este el remedio á las necesidades de la Iglesia, titulándole su protector.

Napoleon hizo que se anunciase y celebrase en el imperio el hecho de haber concluído un Concordato con Su Santidad, cuyos artículos no se publicaron por entonces. Pero noticioso el emperador de que el papa, á la llegada á Fontainebleau de los cardenales cuya libertad habia sido uno de los estímulos más fuertes que movieran á Pio VII á asentir al tratado en las tristes circunstancias en que se formalizó, se entendia con ellos á fin de hacer la correspondiente declaracion de nulidad, faltando á su palabra de un modo reprehensible y hasta villano, dió publicidad á los artículos de él, comunicándolos formalmente al Senado.

Con efecto el papa, mejorado de su gravísimo mal, consultaba con los cardenales di Pietro, Pacca y Consalvi, recién llegados á Fontainebleau, y con algunos otros que tambien merecian su confianza, sobre el modo mas conveniente de verificar la retractacion que ansiaba transmitir á su tirano. Exigióse á cada uno de los cardenales presentes su voto por escrito. Entregáronse con efecto estos dictámenes al Santo Padre: y en su vista, discutido el negocio con la madurez que reclamaba, se resolvió que el papa anulase el Concordato en una comunicacion explícita dirigida á Napoleon; y que ejecutado asi, para que el emperador no fuese árbitro para guardar silencio acerca de ella, Su Santidad manifestaria á los cardenales, por medio de una alocucion, que habia creído necesario dar este paso y le habia dado de hecho.

Dirijió, pues, Pio VII su retractacion escrita de su propio puño á Bonaparte con fecha 24 de Marzo. Hé aquí la parte mas sustancial de esta carta:

«Por mas costosa que á nuestro corazon sea la confesion que vamos á hacer á V. M.; el temor del juicio divino, á que estamos tan próximo atendida nuestra avanzada edad, nos debe hacer superior á todas las demás consideraciones. Obligado por nuestros deberes, con la sinceridad y franqueza que convienen á nuestra dignidad y á nuestro carácter, declaramos á V. M. que desde el 25 de Enero, dia en que firmamos los artículos que debian servir de base al tratado definitivo de que en ellos se hace mencion, los mayores remordimientos y el mas vivo pesar están continuamente desgarrando nuestro espíritu, sin que pueda hallar tranquilidad ni paz... Reconocemos que aquel nuestro escrito ha sido *mal hecho*; confesamos que ha sido *mal hecho*; y con la ayuda del Señor deseamos que sea anulado completamente, para que de él no pueda resultar ningun daño á la Iglesia ni perjuicio alguno para nuestra alma...»

La carta de Pio VII concluia con las palabras siguientes:

«Ofrecemos á Dios los votos mas ardientes á fin de que el mismo se digne derramar sobre V. M. la abundancia de sus celestiales bendiciones.»

El papa envió esta carta á Napoleon el mismo dia cuya fecha lleva: y á poco rato de partir el portador, coronel Lagorsse, leyó á cada cardenal en particular una alocucion en que declaraba nulos el breve espedido en Savona, confirmatorio de la asamblea de Paris, y el Concordato de 25 de Enero; y además una copia de la carta remitida á Napoleon con el mismo objeto.

El papa, desde estos momentos, mejoró notablemente en su salud; se animó su semblante, y se presentaba alegre y jovial como se le veia habitualmente en tiempos anteriores.

Napoleon se irritó mucho con el mensaje de Pio VII. Dícese que en los primeros momentos habló de fusilar á algunos prelados existentes en Fontainebleau, que le parecia haber influido en la retractacion. Uno de sus consejeros le propuso que se declarase «gefe absoluto de la Religion del Estado;» pero nunca se habia atrevido á dar semejante paso ni pensó en ello á la sazón. Contentóse, pues, Bonaparte con disimular por de pronto lo que pasaba como si nada le hubiese comunicado el Pontífice; y sin perjuicio de ello, hizo salir desterrado á Auxonne, al cardenal di Pietro,